

EL ESTUDIANTE,

PERIODICO SEMANAL DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEDICADO A LA JUVENTUD ESTUDIOSA DE ESPAÑA, Y REDACTADO POR VARIOS JÓVENES.

EN MADRID

TRES reales al mes. OCHO trimestre.

Se suscribe en la librería de Bailly-Bailliere, calle del Príncipe, núm. 11, y en la Administracion, calle de S. Anton, núm. 8 duplicado, cuarto principal.

EN PROVINCIAS

DIEZ reales trimestre.

Remitiendo en carta franca sellos ó libranza á D. José Sanchez y Sanchez, calle de S. Anton, número 8 duplicado, cuarto principal.

SECCION CIENTIFICA.

LA RAZON.

La razon humana no fuera hija de Dios si sobre Dios pudiera existir otra cosa.

(D. ROQUE BARCIA. *Filosofia del alma humana.*)

Grande es el hombre. Por él alumbrá el sol y cantan los pájaros; por él caen del cielo las sombras y las estrellas brillan, por él crecen los mares y corren los arroyos, se agitan los astros y brotan las plantas.

Grande es el hombre.

Loado sea Dios.

Faciamus hominem ad similitudinem et imaginem nostram. Así diciendo el Criador puso en la oscuridad una luz, en la materia bruta una esencia divina, tal vez en la nada un todo. Dió al hombre una alma, un átomo brillante, impalpable de su Ser eterno, una esencia inmortal, un espíritu como una luz consoladora, como una virtud inefable. Y fue su voluntad darle también la razón, y la sensibilidad y la libertad, rayos desprendidos del foco del alma, reflejos divinos de un sol mas noble que los soles de la tierra.

Así con los astros del día creó los astros de la noche.

Grande es el hombre.

Loado sea Dios.

¡La razón! palabra la mas elocuente despues de la palabra Dios, espresion cuya sublimidad nunca imitaron en su aterradora elocuencia las olas del mar ni la voz de las tempestades, astro tendido por la mano del supremo Ser en el orbe de oro de las pasiones, idea grande como la de

regeneracion universal, mundo espiritual sobre el que descansa el mundo del cielo.

Mirad al hombre con esa divina luz en la frente, miradle cortando las aguas como un mensajero de Dios, dominando el impetu de las olas y el clamor de los huracanes, y llevando á pueblos estraños sus leyes, sus costumbres, su civilizacion, su pensamiento de progreso, de ciencia, de regeneracion; miradle subir al cielo y bajarse los astros al santuario de su inteligencia para estudiarlos y determinar sus dimensiones, sus distancias, sus movimientos; vedle desafiar al tiempo y decirle con voz imperiosa:—Hijo invisible de la eternidad, regulador omnipotente, océano sin límites, idea abstracta, misterio impenetrable, tú has vencido hasta hoy al coloso que llaman hombre, tú has estrellado sus mejores planes ante tu muralla invencible, pero hoy mi pensamiento gira como una estrella al rededor de tu inmortal esencia, y comunica á otros hombres mis proyectos, mis deseos, mis ambiciones. Del seno de las nubes y de la tierra he sacado una cosa abstracta, una verdad inesplicable, un casi espíritu hijo de mi ciencia, y he logrado burlar tu vuelo continuo. Oh tiempo, cadena que viene á nosotros desde la eternidad, ya eres mio; los cielos y la tierra me han dado poder sobre tí.

Y luego dice al espacio:—Mar indeterminado que separas al pensamiento del pensamiento, á la luz de la luz, tú no has podido consumir la obra que creias eterna. Si Dios no me dió alas como al águila para cruzarte en un momento, dióme en cambio la razón como una virtud para dominarte, y á impulso de una fuerza oculta pero irresistible á la que he llamado vapor, cruzo las distancias en alas de los aires como un genio que todo lo puede, y al llegar al término de mi viaje

me vuelvo á tí con una sonrisa de noble orgullo, y «Espacio, te digo, brazo que nace en la inmensidad, mi razon te manda, porque mi razon es un semidios. Con ella toco las estrellas en una noche serena y despejada, y llevo el rayo á donde quiero en un dia de borrasca, porque mi voluntad es ley en la naturaleza.»

Así habla el hombre al tiempo y al espacio. ¡Oh! dejadle que hable, que piense, que imagine, que crea, que crea si, porque creyendo pone en movimiento su razon, y aunque aparentemente caiga la sociedad en pedazos como una nube borrascosa, se trastornen y rueden las ideas en revuelto torbellino como los elementos en una hora de tempestad, dejadle, que la razon se levantará triunfante sobre las cenizas de la filosofía atea, escéptica é indiferente como la luz de Cristo sobre el sepulcro de las vestales romanas.

Grande es el hombre.

Loado sea Dios.

Coloso lanzado al mundo le podeis contemplar sobre la naturaleza, traduciendo á su Criador el ruido de las aguas, el rumor de los montes y el canto de los pájaros, como oraciones poéticas que llevan al alma una música sagrada que nos habla de Dios.

Bien poeta ve á su Criador en la luz del sol que inflama su lira, en la majestad de los mares que le hace entonar cantares solemnes, fija en tierra la rodilla, ó bien profundo pensador descubre los efectos, y al llegar á las causas dobla la cabeza murmurando la palabra Omnipotencia, y rezando fervorosamente una oracion sagrada.

¡Oh! ¡bendito sea Dios!

¡Bendito el hombre!

MARIANO PONZ.

BREVE NOTICIA DE LA HISTORIA DEL VAPOR.

Sin duda alguna que Dios al colocar al hombre sobre la tierra quiso que fuera un medio entre él y la naturaleza; y sin duda alguna tambien que para este objeto le dió una inteligencia como una chispa que sacara del fuego de su espíritu inmortal, para colocarla en una porcion de materia y dar á esta materia un movimiento impulsado por la misma chispa, por el mismo reflejo que tiene la facultad de hacer del hombre

un ser suspendido del cielo y alzado poderoso sobre la tierra.

Valido pues de esta facultad el hombre ha estudiado diferentes ciencias, que parece le puso tambien el Omnipotente como otras tantas escalas para elevarse mas del puesto que ocupa entre él y la naturaleza ó entre el cielo y la tierra; y en estas ciencias ha adelantado mas ó menos segun se le ha dado libertad para pensar y desarrollar aquella chispa, aquel rayo, aquella facultad.

Una de las ciencias que ha llevado á mas alto grado de esplendor es seguramente la del vapor; y en verdad que ella mas que ninguna merece que el hombre le dedique todos sus afanes, todos sus desvelos y todas sus fuerzas intelectuales, por ser ella la que mas utilidades le reporta y la que mas lo encumbra.

Ella le es mas útil que la electricidad por ser de mas inmediatas aplicaciones, pues la electricidad, si bien sirve al pensamiento, á la parte del alma que juzga de las cosas, ó á la humanidad moral en una palabra, está sin embargo en la grande escala de las ciencias un punto mas bajo que el vapor, porque las aplicaciones de esta parte de la fisica tocan al pensamiento y á la materia, al alma que piensa y al cuerpo que se mueve á impulsos de esta alma, á la humanidad racional, y á la humanidad que se agita movida por la fuerza de esta misma racionalidad, de este mismo juicio.

Pero pasemos á dar una ligera noticia de la historia de esta ciencia, ya que tal ha sido nuestro propósito al tomar la pluma.

Aristóteles y Séneca atribuian los terremotos á la repentina evaporacion producida por el calor de la tierra. En 1663 el marqués de Worchester anunció, aunque de una manera sobrado confusa, que por medio del vapor podría elevarse el agua. No hizo mas que anunciar y aun dudando. Se encontraba como en una noche tenebrosa, y no acertaba á asegurar si la luz que resplandecia tenuemente en el espacio era la que produjera una estrella en el cielo, ó una débil hoguera encendida en lo mas elevado de una montaña. Empero ya un siglo antes de Jesucristo, un eminente fisico llamado Hieron de Alejandria descubrió una máquina muy semejante á las nuestras de reaccion. A ella debieron en parte los antiguos sacerdotes de la idolatria el hacerse dueños del

vulgo, atemorizando los ánimos, aparentando ser superiores á los demás por medio de sus sortilegios, y haciendo creer que tenían frecuentes conferencias con los dioses. En 1690 descubrió Papin en las actas de la academia de Leipzig la primera máquina de que se servía para sacar agua de los pozos; pero Papin á través de esta máquina había concebido otro plan, y propuso el medio de que la hiciera mover un eje ó una rueda.

Hasta esta época todas las invenciones se reducían á máquinas fijas; pero cuarenta y dos años despues Jonatan Hull dió un paso jigante, subió mucho mas arriba que los físicos predecesores suyos, pues vislumbró la idea de aplicar el vapor á la locomocion para construir un barco remolcador con la máquina de Newcomen.

Circunstancias particulares por las que atravesaba entonces Jonatan impidieron que se viera realizado su proyecto, que no fue mas que una teoría hasta que en 1775 Perrier, y en 1778 el marqués de Jouffroy, la pusieron en práctica construyendo buques de la forma que imaginara Jonatan. No hicieron mas que seguir la difícil senda que les marcara este gran físico y recoger los laureles que el mismo sembró.

Ya en 1543 ofreció Blasco de Garay á Carlos V. una máquina para dar movimiento á los buques sin necesidad de viento ni de remos. Blasco no publicó su secreto, pero sin embargo no quedó ignorado. Consistía en un depósito de agua hirviente que hacia girar á dos ruedas colocadas una á cada lado del buque.

Y así marchaba esta ciencia, siempre adelantando, hasta que recibió el empuje mas enérgico por parte de Roberto Fulton (1765—1815) irlandés, establecido en Pensilvania, que fue el primero que construyó en el Hudson un buque que andaba poco mas de dos leguas por hora. Dodd y Williams han contribuido poderosamente al adelantamiento de esta ciencia, y por lo que respecta á nuestros tiempos ha tomado un incremento tal que pone bien de manifiesto el progreso de la humanidad que en su marcha rápida arranca los secretos al cielo y á la tierra, y avanza soberana por la carrera que Dios le destinara asida de las ciencias que escudriña con ojos de águila, montada en el carro triunfante de su espíritu.

MARIANO PONZ.

SECCION LITERARIA.

LAURENTINA Y SU TUMBA.

I.

Sentada en muelle butaca de seda verde en una magnífica estancia, está la bella Laurentina como una paloma blanca posada en la rama de un olivo. Su cabello de oro ondea libremente y se confunde en los pliegues de un finísimo vestido de seda carmesí. Sus labios tienen el color de la rosa cuando abre su capullo, y sus dientes forman una cadena de brillante nácar. Un querubin bajó volando al nacer Laurentina, colocó en su rostro virginal dos pedazos del cielo que habita y le sirvieron de ojos. Dos lágrimas se desprenden de ellos: estrellas errantes que van á posarse en un libro que está leyendo y tiene entre sus manos de nieve. La lectura la hace llorar, y su pecho exhala suspiros tiernos y melancólicos como el primer sollozo del fénix, y puros como el aliento de los ángeles.

¿Por qué lloras, inocente paloma? ¿Adónde te llevará el capricho de algun escritor que no ha tenido en cuenta que hay mujeres que leen, mas sensibles que las primeras flores de la primavera? Arroja el libro. Laurentina, deja ya de leer.... pero no, lee: quizás en este momento los latidos de tu corazón son mas vehementes que lo fueran antes de ser refrescado con el aura pura que lleva en sus alas de esperanza los castos amores á las vírgenes de alma cándida como la sonrisa de un querubin.

Efectivamente, Laurentina leía una de las escenas tiernas y desgarradoras pintadas en los amores desgraciados de Cimodocea y Eudoro. Admiraba el valor de una mujer cuando ama sinceramente. Seguía agitada leyendo hasta que por fin se oyó suspirar mas libremente y decir con la voz que los espíritus celestiales hablaban á Eva en su inocencia: ¡Qué felicidad! mueren juntos! Y cerró el libro, é inclinó la cabeza sobre el pecho como se inclina una rosa sobre su tallo cuando al pasar el vienteillo parece esquivar el beso que le regala en su carrera.

¡Oh! si mi madre viviera, continuó; ¡pobre madre mía! ¡eras tan hermosa! ahora estaria junto á ti, alegres las dos como la paloma al arrullar á su hijuelo en el nido. ¡Qué felices seríamos! tan felices como antes de tu morir, cuando yo decia, ¿quién se atreverá á separarnos?

Pobre cervatilla que lloras con lastimeros balidos la pérdida de tu querida madre, ¿no ves que tus lágrimas se pierden y que tu llanto divierte al astuto raposo que te mira desde el vecino risco? Calla, calla tu lloro, oculta tus lágrimas, y haz porque no dejen huella en tus mejillas, pues si el mundo hipócrita las ve, se reirá.

II.

Laurentina es huérfana y cruza la senda de la vida como una débil barquilla que se desliza en el Océano amenazada por la tempestad. Nadie la guía, sola, desamparada de todo el mundo está al pie de una roca: ninguno se atreve á socorrerla temiendo que la suya se estrelle; no hacen mas que mirarla y compadecerla. ¡Pobre barquilla! ¿no temes la oleada

que viene y te va á sumergir en lo mas profundo? Haz un esfuerzo, aproxímate á la orilla y suplica á un marinero que te conduzca.

Laurentina amaba, pero su amor estaba oculto en los pliegues de su pecho. A nadie lo habia manifestado, y de cada dia sus lágrimas eran mas abundantes; su melancolía mas profunda. ¡Cuánto debe padecer una mujer cuando ama, y el objeto de su amor lo ignora! ¿Cómo hacer para manifestarlo? Infelz! esta manifestacion es bastante para ser despreciada; no te está permitido ni aun decir lo que sientes, ni aun sentir.

Su madre la habia dejado bajo la direccion de un avaro, de un comerciante; de manera que Laurentina era como una flor que crece al lado de un espino, como un pájaro que tiene su nido inmediato al del halcon, Siempre sola, sin una amiga á quien fiar los secretos de su enamorado corazon, era como una perla perdida en el mar.

Gumersindo era un jóven de excelentes cualidades. Aunque no rico hacia poco tiempo que habia concluido una carrera brillante que le presentaba un porvenir feliz, y Laurentina aunque le habia visto muy pocas veces, sentia hácia él cierto amor de esos que nadie ha definido. Al encontrarse con su mirada, su rostro naturalmente blanco tomaba el color de una nube cuando es herida por los últimos rayos del sol de la tarde. Tal vez Gumersindo la amaba tambien y no se atrevia á manifestárselo.

Trascurrieron algunos dias, y él comenzó á suspirar bajo los balcones de Laurentina. Una mañana en la que está se hallaba á punto de salir, un billete que le entregó su doncella le declaró el amor que Gumersindo sentia por ella. Así que lo leyó, dos rosas se dibujaron en sus mejillas, y un suspiro salido de lo mas hondo de su pecho se oyó levemente en la habitacion. Era el suspiro de un ángel cuando dirige una mirada de amor á la madre de Dios.

III.

Era una noche serena, tranquila, como el alma de un niño cuando duerme en la cuna mecido por su madre. A la luz de la luna se veia junto á una reja un hombre y se oian las palabras que dirigia á otra persona situada detrás de los hierros.

—Laurentina, decia, nunca he de oir una palabra de amor, una sola palabra de esperanza? ¿No ves la luna cómo pasa tranquilamente sobre nosotros en esa limpia bóveda? ¿No oyes los lejanos trinos que el ruiseñor dirige á su amada? Habla tú, Laurentina, habla de amor, y la luna al escucharte interrumpirá su curso, y el ruiseñor callará su canto. ¿Acaso no me amas? ¿No besa tu corazon el divino aliento del ángel de los amores? ¿por qué pues no colocas el beso sobre sus alas y lo envías á unirse con el amor que siente mi pecho? ¿No me dirás siquiera, ámame Gumersindo, ámame y espera?

—¿Qué quereis que os diga? Huérfana y jóven, sin mas educacion que la que me han enseñado los libros que he leído sin saberlo mi tutor, ¿quereis que os diga que..... os amo? Pues bien, Gumersindo, os amo, sabedlo: os amo como aman las flores á la aurora, los pájaros su nido, el niño á su madre, los ángeles á Dios.

—¡Oh! Laurentina, ¿es verdad que he oido que me amas? Laurentina, yo te adoro como..... así..... como tu dices, lo mismo que las flores á la aurora, que el pájaro á su nido, que los ángeles á Dios. Laurentina, créeme; no he llorado nunca: jamás ha humedecido el llanto mis ojos, y ahora..... mira derramo lágrimas..... lágrimas de agradecimiento, de amor. Querida Laurentina, el cielo oiga estas palabras. Dime otra vez que me amas. ¿Qué dices..... nada? Ah! lloras tambien! Qué placer Dios mio! lloremos los dos, y que escuche nuestro llanto la Virgen; la Virgen sí, que tambien lloró de amor, que tambien derramó lágrimas como tú, ángel mio. Laurentina responde, repite que me amas.

—Te amo, respondió Laurentina entre sollozos, te amo es verdad: pero, Gumersindo, es necesario esperar, tener paciencia; soy muy jóven, soy huérfana, no he conocido á mi padre, y mi madre murió dejándome en el mundo encargada á un hombre apegado al oro como las sombras á la noche, como los remordimientos al criminal. Mi madre es la Virgen cuyo nombre me sirve constantemente de consuelo; mi padre es.....

—Yo, Laurentina: te amaré como tu padre, tu hermano, tu esposo. Seré el mejor de los padres para una huérfana, el mejor de los hermanos para una jóven sola y desamparada, y el mejor de los esposos para una mujer bella y cariñosa.

Así hubieran permanecido eternamente, si la primera luz del crepúsculo precursor de la aurora, al cubrir con su velo las estrellas y llenar la tierra de su tibia luz, no les hubiera anunciado la aproximacion del dia. Mil juramentos de amor se hicieron antes de separarse, y un adios pronunciado por ambos amantes á un mismo tiempo, fué la última palabra de este diálogo, sencillo como el lenguaje de los ruiseñores y tierno como el arrullo de la tórtola.

IV.

Han pasado dos años,

En un cementerio, sobre una tumba fria, un hombre pálido y abatido se veia todas las noches á cierta hora arrodillado pronunciando tristes oraciones y regar con sus lágrimas la losa que cubria las cenizas de alguna persona querida. La luna reflejaba en el frio mármol y levantaba en él rayos blanquecinos que parecian adornar el sepulcro, haciendo mas patética la escena que tenia lugar, y mas triste y misteriosa la mansion de los muertos. Algunas veces se veia á esta persona hablar como dirigiendo preguntas, pero nadie le respondia; su voz tétrica se perdia en el silencio lúgubre de las tumbas.

Era Gumersindo, que durante estos dos años se habia visto precisado á estar ausente de su amada. A su vuelta, la noticia de la muerte de Laurentina llenó de luto su fiel corazon. Habia ido á su casa, y su tutor le cercioró con lágrimas en los ojos, de la muerte de su amante. El llanto habia sustituido á la alegría: las blancas alas del ángel de sus sueños se habian tornado en negros tules que envolvian su alma acongojada. Cuando el viejo le manifestó: «Laurentina ha muerto en una quinta adonde la llevé para distraerla de sus recuerdos hácia vos, porque os amaba mucho: su cuerpo fué sepultado en un

cementerio junto á la quinta: allí entre dos funebres cipreses está su tumba», Gumersindo creyó morir tambien. Pero la esperanza de poder decir á las frias cenizas de su amada «por tí he vivido como te prometí y por tí muero,» consoló algun tanto su corazon. Desde el dia de la fatal noticia no pasaba una sola noche sin visitar el sepulcro donde yacía Laurentina. Unas veces al llegar á arrodillarse creia verla sobre la losa tendiéndole sus brazos: otras la oía hablar y dirigirle palabras tiernas y cariñosas. En los momentos de su febril delirio preguntaba al ave de las tumbas cuando lloraba en la copa de un elevado ciprés; «tierna avecilla, ¿viste á Laurentina? ¿viste á mi amada cuando fue encerrada en esta silenciosa mansion? ¿estaba bella? ¿respetó la muerte su hermosura? ¡Oh, avecilla! tú que puedes volar y remontarte hasta el cielo, recoge en tu pico mis lágrimas, y entonando una de tus tristes canciones sube y di á mi amada, dile que me aguarde allí.» Entonces el ave revoloteando saltaba de un ciprés á otro, y callaba. El ruido que producía con sus alas helaba el corazon de Gumersindo, y llevaba á su alma un estremecimiento melancólico y religioso.

Una noche fria aunque serena se hallaba á la hora acostumbrada llorando sobre la losa. «Laurentina, decía, cuándo me reuniré contigo? ¡Oh! me amarás lo mismo, sí, ó mas aun, porque ahí donde estas habrás aprendido á amar como los ángeles. Pero ahora, ¿qué me resta en el mundo? un corazon pálido y tembloroso como una flor blanca al declinar la primavera cuando es empujada por el huracan. ¡Cuán desgraciado soy! Laurentina, ¡Laurentina!»

Entonces creyó oír una voz suave que le llamaba. Volvió la vista y vió venir por entre una calle de cipreses un bulto blanco como un bello fantasma, que se le aproximaba y le decía—¡Gumersindo!— ¡Laurentina! exclamó levantándose precipitadamente, y dirigió sus pasos acelerados hacia élla; pero volviendo en sí se dejó caer diciendo:—Esto es un sueño..... yo deliro: he creído ver á Laurentina, oírla hablar..... ¡oh sueño delicioso! No me atormentéis vanas ilusiones, dejadme que beba la amarga copa de la realidad; y cubrió su rostro con ambas manos derramando lágrimas abundantes. Mas al sentir su hombro suavemente rozado, levantó la cabeza y á la luz de la luna que salía entonces de un monton de nubecillas como para ser testigo de aquella escena, reconoció distintamente á Laurentina. Un grito de sorpresa y de alegría resonó en aquel recinto, quizás el primero que habian oido aquellas solitarias tumbas.

V.

Dios por fin oye á los desgraciados cuando esperan en él. Despues de la tempestad aparece el sol mas radiante, las aguas del mar mas azules y la naturaleza entera mas risueña que antes. Laurentina y Gumersindo habian nacido para ser felices, é iban muy en brève á tocar la felicidad, á tocarla si porque la felicidad no se puede abrazar. La blanca imágen del cementerio era una realidad, era Laurentina. Su tutor habia concertado dos años antes su matrimonio con un rico banquero, dándosela

como una miserable mercancía. La guerra habia llamado á Gumersindo al campo del honor, y el viejo habiéndose trasladado á la quinta con su pupila, hizo creer á su vuelta á los habitantes de la ciudad que la hermosa niña habia muerto yaciendo sepultada en el cementerio de la quinta. Laurentina entre tanto, bajo la vigilancia de un cruel mayordomo, aprisionada en esta casa, lloraba su desgracia y la de Gumersindo.

Un dia llegó apresurada á su cárcel la única criada de su tutor participándola que su tío habia muerto de un ataque apoplético. Llegó la noche, y desde una reja vió subir pausadamente la colina que conducía al cementerio á un hombre. Reconoció á Gumersindo. Ayudada de la criada de su tutor burló la vigilancia del mayordomo y se dirigió al cementerio. Allí encontró á Gumersindo arrodillado sobre una losa y vertiendo amargas lágrimas. Despues que se reconocieron se dirigieron á la ciudad, en donde al otro dia tomó posesion de sus bienes, y atravesando por medio de un pueblo que la miraba con asombro, llegó á la iglesia en donde dió su mano á Gumersindo.

GERONIMO LAFUENTE.

MI PATRIA.

Allá en un valle profundo
 Entre gigantes montañas
 Cuyas encrespadas cimas
 Hasta las nubes levantan;
 Donde el Guadalope humilde
 Desliza sus limpias aguas,
 Pobre lágrima que presto
 Caudaloso el Ebro arrastra;
 Allí do feudal castillo
 Sus muros un tiempo alzara,
 Morada de imbécil déspota
 Espanto de la comarca;
 Allí do aquilon furioso
 Con ronco fragor rebrama,
 Lanzando montes de nieve
 Desde las cumbres mas altas;
 Y do en la estacion florida,
 Suspiran las dulces auras,
 Y el valle, el monte y las cumbres
 Visten esplendentes galas,
 Allí mi ser deleznable
 Vió del dia la luz clara,
 Allí de mi infancia tierna
 Corrió la feliz mañana.
 Allí el corazon henchido
 De alegría y de esperanza
 Forjó ilusiones, que helado
 Hoy el desengaño mata.
 ¡Cuántas veces en los aires
 Al ver deslizarse el águila,
 Lancé del pecho un suspiro
 Y tuve envidia á sus alas!
 ¡Cuántas veces de la cumbre
 De gigantesca montaña,
 Ansié contemplar el mundo
 Que á mi vista se ocultaba!

Mundo, que á mi alma de niño,
Encantador se mostraba
Vestido de luz purísima
Lleno de ilusiones mágicas.

¡Cuántas veces al aspecto
De ave, flor, nido, ó cascada,
En alegría indecible
Sentí estremecerse el alma!
¡Cuántas allá, encaramado
En las salvajes gargantas
Contemplé atroz precipicio
Abierto cabe mi planta!

Y entre medroso y estático
De alegría, informe masa,
¡Cuántas veces al abismo
Vi rodar tronante y rápida!

Dulces memorias queridas
Que afanosa guarda el alma,
¡Ah! no extrañéis que copiosas
Broten de mis ojos lágrimas:

Que quien no llora al recuerdo
De los gozos de su infancia,
O no tiene corazón,
O no ha conocido patria.

Adios, la mía querida,
La de gigantes montañas,
La de florestas hermosas,
La de tronantes cascadas.

P. FECEY Y TEMPRADO.

OTRA VIDA.

Fuera ese azul que deslumbró mi infancia,
Otro horizonte que mi sien colorea,
Flores que den mas vida y mas fragancia,
Ancho vergel que mi ilusion adore.

No, no basta á mi ser el breve trecho
Que ante mi vista ansiosa se columbra:
Siento un raudal atravesar mi pecho,
Divina luz mi corazón alumbrar.

Quiero vivir, mas fuera de este centro
Mezquino y reducido; aquí á mi vida
Nada de grande que la exalte encuentro:
Venga esa luz que á la ilusion convida.

Dicen que existe un mar, cielo tendido
De cristales fantásticos y azules,
Ecos que nos regalan el oído,
En jardines de blancos abedules.

Largos desiertos de amarilla arena
Que el Bóreas remolina, laberintos
Coronados de luz roja, serena,
Y arroyos mil de los de aquí distintos.

Y allá en la mar cuando se empaña el cielo
Olas que baten su flotante espuma,
Ricos festones que al bordar el suelo
Rizan la orilla con turgente bruma.

Dicen que saltan como blancos montes
Cascadas espumosas, anchos rios
Donde rompen su luz los horizontes,
Donde bailan los céfiro bravíos.

Y ruidosos, magníficos torrentes
Que se desgajan entre azules peñas,
Y luego bosques, llanos esplendentes,
Vegas despues, arroyos, luego breñas.

Y un cielo ya tranquilo, ya revuelto
Flota en la inmensidad, ya destellando
Amarillo esplendor, ó bien envuelto
En blanco mar fluctuoso relumbrando.

Espejo sin igual que se sostiene
Sobre los hombros de los aires, vago
Océano de luz que fin no tiene,
Inmenso, aéreo y vaporoso lago.

Y otras nubes de nácar y topacios
Y en el suelo mas vida y otros hombres,
Ya dominen magníficos palacios
Ya habiten chozas con oscuros nombres.

Y vergeles de amor do en abandono
Sienta latir el pecho á mi querida,
Donde encubrada á relumbrante trono
Vierta ilusion la fuente de mi vida.

Quiero perder á mi agitada mente
En torbellinos de color de oro,
Cruzar otra mansion mas esplendente,
Quiero escuchar á una mujer «te adoro.»

Otro cielo, otro sol que arrastre lento
El orbe de su luz en otro espacio,
Y en él se encienda el azaroso viento
Y desarrolle en lagos de topacio.

*No, no basta á mi ser el breve trecho
Que ante mi vista ansioso se columbra
Siento un raudal atravesar mi pecho
Divina luz mi corazón alumbrar.*

MARIANO PONZ.

AMOR DE UNA VIRGEN (1).

A....

Casta paloma que apenas
Para aprender á volar
Alzas tu planta del suelo,
¿Vas á buscar otro cielo
De otro velo mas azul?
Flor hermosa y aromada
Junto á un arroyo nacida,
Por las auras arrullada,
Por el céfiro mecida
Al descubrir tu capul;
Garza de plumas de nieve
Y pico de limpia plata,
Que apenas la brisa mueve
Cuando la brisa desata
Tus alas de oro y coral;
Virgen vaporosa y bella
De azabachados cabellos
Y ojos de fulgente estrella
Que se ve el amor en ellos
A través de su cristal;
Adónde vas? quién te guía
Por el espacio anchuroso

(1) Esta composición es mi primer ensayo. Por eso ruego á los lectores que dispensen su desaliño natural.

Buscando ese cielo hermoso
 Donde nunca muere el día
 Y es mas bello y rubio el sol?
 Donde hay vergeles y amores,
 Y arroyuelos peregrinos,
 Y palacios cristalinos,
 Fuentes y alfombras de flores
 Y montañas de arrebol.

Garza inesperta, sencilla,
 Sustentada de ilusiones,
 Perfumada florecilla,
 No miras que hay aquilones
 Y tremebundo huracan?
 Blanca paloma inocente
 Que nunca alzaste las alas
 Del nido donde tus galas
 Miró la aurora naciente,
 No sabes que hay gavilan?

Virgen de jóvenes años
 Que apenas quince contaste,
 Sin amargura ni engaños,
 ¿No sabes que hay desengaños
 Que matan el corazón?
 No sabes, mujer divina,
 Alba que apenas asoma,
 Que no hay flores sin espinas
 Y que hay flores sin aromas
 Y en la flor mas peregrina
 Hay oculto un aguijon?

¡Ay, no no, porque tú eres
 Flor que al desplegarse espira,
 Fórtola que arrulla y muere
 Aura que al nacer suspira.

Si; tú amaste y no te amaron;
 Dijiste verdad, mintieron;
 Diste amor, no le quisieron;
 Buscaste vida, y mataron
 Tus ilusiones...., olvida
 Tu amor no correspondido,
 Busca otro que hay perdido
 Por la sende de mi vida.

Si hallaras una pasion
 Que á tu pasion igualára
 Hermosa, dime, quedara
 Mas tranquilo el corazón?
 Dime, si hasta ti llegara
 Por los aires mi suspiro,
 Angel de amor, te quedara
 El corazón mas tranquilo?

Si un eco dulce doquiera
 En pos de ti murmurára,
 Y «te adoro» te dijera
 El dolor, dime, se fuera?
 Dime, el pesar se ausentara?
 Y si halláras ese amor
 Que en vano has ido á buscar
 Dime, se fuera el pesar
 Y se ausentára el dolor?

¡Ay no no, mujer divina,
 Alba que apenas asoma,
 Pues no hay flores sin espina
 Y flores hay sin aroma,
 Y en la flor mas peregrina
 Hay oculto un aguijon.

JOAQUIN LUIS GRACIA Y HERNANDEZ.

El Sr. D. Pablo Feced y Temprado nos dirige para su insercion los siguientes versos.

AL SEÑOR SOBRADO CON MOTIVO DEL ESTRENO DE SU ESTUPENDO DRAMA TITULADO *La batalla de Bailen*.

Sobrado, en tu drama egregio
 Todo por desdicha sobra,
 Que es inconveniente el fondo
 Y es ridícula la forma.

No esperes, no, por tu engendro
 Sino el sarcasmo y la mofa,
 Que no impunemente el arte
 Se prostituye y se aherroja.

Si en tus vigiliac acaso
 Te asaltó sueño de gloria,
 Y junto al metal de Pluto
 Esperaste áurea corona,

Desecha vanos delirios
 Que jamás Talia otorga
 Su don preciado á quien huella
 Sus leyes divinas todas.

Ni á quien tan poco respeta
 La pátria gloriosa historia,
 Que su mas brillante página
 Necia y ridícula torna.

Ni á quien odios ya estinguidos
 Despierta, cuando gloriosas
 Ambas naciones pelean
 Allá en regiones remotas.

Ni en fin, á quien olvidado
 Del pátrió decoro y honra,
 Del extranjero al ridículo
 El arte español arroja.

No esperes, no, pues, Sobrado,
 Sino el sarcasmo y la mofa,
 Que no impunemente el arte
 Se prostituye y se aherroja.

P. FECED Y TEMPRADO.

Madrid 25 de noviembre de 1858.

VARIETADES.

En el tocador de Juana
 Y entre su bonito guante
 Halláron ayer mañana
 Escondido EL ESTUDIANTE.

¿Quousque tandem abutere, fames impia, patientia nostra? ¿Quandiu nos etiam iste furor tuus eludet? Así dijo Ciceron en el libro del *Hambre estudiantina contra Catilina*, capítulo aparte; y así dice EL ESTUDIANTE.

Hasta cuándo has de abusar de nuestra paciencia, impía hambre?

¿Por cuánto tiempo piensa burlarse de nosotros tu furor? Mitiga tu saña, compadécete, pon la mano en nuestro bolsillo, y verás que no late.

Huid, fantasmas famélicos, huid visiones escuálidas, no atormentéis mi imaginacion con tantos banquetes espléndidos; apartáos, jamones; haccos atrás, chorizos!!! Oh!... Voy á sepultaros en la tumba de mi estómago! Ahaaaaaa..... Abrió la boca EL ESTUDIANTE y despertó de su sueño; pasó la mano por su frente y dijo:

Sueño era..... dónde estoy?... soñando!... sueño que tengo hambre y estoy despierto..... Esa señora empe-

matriz se divierte en atormentarme; sin embargo me encuentro mejor que el primer día que ví la luz Si llevo á *mudar de plumas, me felicem!*... ¿quién sabe? Parece que aumenta la sangre vivificadora del... se oye circular... la existencia de la vida se asegura: en fin sigo viento en popa por el mar de la esperanza...

Allá á lo lejos en el Océano de la prensa vislumbro una playa: hácia ella bogo tendiendo el manto á los vientos; pero está el mar tan revuelto, tantas olas amenazan, hay tantos escollos, que con dificultad arribaré...

Tantæ molis erit Scholarem condere nostrum!

Tengo fe, creo; pero *fides cum fame mortua est.*

Si continúa mi existencia como hasta aquí, si vivo en las privaciones, si alimento mi espíritu de visiones famélicas y mi cuerpo de ayunos; ¡*Me miserum!* mas valia no haber nacido,

Oh vos ter, quaterque beati queis ora mensce ante suo alvo contigit oppetere repleto (1).

Pero si continúa la lluvia de menuda plata que ha principiado á caer en la buhardilla, lo peor sería que algun temblor como el de la noche de 1800 hundiera el chirivital del Administrador; (*absit ab illo*) si.... por mi manto que voy á asegurar mi existencia en la Tutelar; mi empeño no es otro que salir un día de gala y abandonar mi buhardilla burlando de una vez las careajadas de mi insolente traje.

Si ahora estoy hecho una flauta, quiero lanzarme un día á la calle hecho un figle monstruo aunque luego vuelva á ser flautin.

En la actualidad solo puedo pasar por delante de las fondas, pastelerías y demas laboratorios de manducatoria y decir á los que estan dentro con voz lastimera:

Oh vos omnes qui toties vestrum impletis alvum, attendite et videte si est fames sicut nostra fames.

JOAQUIN LUIS GRACIA Y HERNANDEZ.

(1) El autor.

GACETILLA.

FELIZ PENSAMIENTO.—El distinguido claustro de la universidad compostelana y sus escolares han abierto una suscripcion para honrar con una corona fúnebre la memoria del malogrado jóven poeta Señor Aguirre.

Al dar esta noticia á nuestros lectores, sentimos un gozo inmenso y no podemos menos de elogiar altamente entusiasmados la conducta del claustro de profesores y jóvenes estudiantes compostelanos, cuyos sentimientos tan nobles dignos son de aquella brillante juventud honra siempre de Galicia.

Si hay hechos generosos que bien caracterizan á la jóven sociedad que bulle en busca de regeneracion, uno de ellos, tal vez el mas noble, es el que inician los universitarios de Santiago.

Honor siempre á los sentimientos generosos y á los muertos que dejaron á su breve paso por la vida tan buenos recuerdos como el Sr. Aguirre!

¡**VAYA UN PAYO!**—¿Cuántos dioses hay? le preguntó un cura de aldea á uno de sus feligreses.

—Señor, tres.

—¿Cómo!

—Cuatro.

—¿Qué dice V.? replicó enfadado.

—Habrá ciento.

—Vaya V. de aquí, le dijo el párroco, y lo arrojó de su casa.

El pobre que habia salido tan mal parado de casa del cura, encontró un amigo suyo y le dijo:

—¿Cuántos dioses hay?

—Cosa mas sencilla, uno.

—Sí, dile al cura que uno: ciento le he dicho yo y aun le han parecido pocos!

SI SERÁ HOMEÓPATA.—Há pocos días que un hijo de Marte entró en una oficina de Farmacia de esta córte, y despues de saludar, entabló con el practicante el siguiente diálogo:

—¿Tiene V. cremor?

—Sí señor.

—¿Bueno?

—Superior.

—¿Legítimo?

—De las mejores fábricas catalanas.

—¿Qué produzca efecto?

—Lo verá V. mañana.

—Pues, siendo así, eche V. un cuarto dividido en *veinticuatro papeles*.—¡Ah! se me olvidaba. Déme V. otro cuarto de *harina de linaza en polvo*.

¡NO ERA MALA RISA!—Cierta señora que tenia á su esposo atacado de una aguda enfermedad, despues de haber apurado todos los recursos de la ciencia, llamó, como última esperanza á un cirujano, de quien contaban hacer curas maravillosas; mas cuando se presentó, el paciente estaba con las últimas convulsiones de la muerte: entra, lo examina á su placer, y al preguntarle la desconsolada esposa si podría esperar se mejorase, contestó dandose muchísima importancia.—Haremos lo posible por conseguirlo, señora, pero esa risita sarcástica que tiene..... maldito la cosa que me gusta.

¡QUIEN SERA ELLA!—Anoche por casualidad encontramos un papel, pero cual fué nuestro asombro al ver los siguientes versos:

A ti, angel creador, hermosa criatura
De seno puro, corazon ardiente
Llevarte quiero en alas de la ventura
Por una colina de rápida vertiente
Y del Po arrojarte á la corriente.

¡Deteneos desgraciado!

RECTIFICACION.

En el penúltimo párrafo de la pág. 2 del número anterior, donde dice antigua Judea, léase antigua India.

El Secretario de la Redaccion,
MODESTO FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE DE LAS HERAS.

Madrid 1858.—Impr. de la Comp. de Impresores y Libreros, á cargo de D. A. A. vrial, calle de las Fuentes núm. 12.